

## MIGRACIONES INTERNAS EN BOLIVIA Y SUS REPERCUSIONES SOCIO-POLÍTICAS E IDENTITARIAS

Gaya Makaran  
CIALC-UNAM

El fenómeno migratorio, tomando en cuenta sus implicaciones políticas, económicas y culturales, se ha convertido en las últimas décadas en uno de los principales temas de la investigación académica y del debate público. Es significativo que entre el amplio abanico de aspectos relacionados con el término migración, la atención mundial se concentre en las migraciones internacionales, donde los ciudadanos de un Estado emigran al territorio del otro Estado motivados por cuestiones económicas o políticas. Esto se explica por el interés que tienen los países desarrollados en atender el fenómeno migratorio Sur-Norte, puesto que para las sociedades de Europa Occidental, relativamente homogéneas, la influencia de los inmigrantes, extraños étnica, cultural y religiosamente, y sobre todo pobres, supone cambios profundos en varios aspectos de la vida social. Los fenómenos como la interculturalidad, la asimilación, la marginalización o los conflictos étnicos y religiosos se han convertido en un tema central en los estudios sociales, y las migraciones internacionales con su influencia multidimensional en las sociedades contemporáneas, son un problema urgente.

América Latina, que antaño era la Meca de los inmigrantes europeos, hoy en día se considera una zona de emigración so-

bre todo hacia los países europeos o de América del Norte, pero también entre las repúblicas latinoamericanas. El impacto de este fenómeno en las sociedades latinas es considerable, sin embargo, no hay que olvidar también el impacto de las migraciones internas que transforman poderosamente las relaciones sociales e identitarias en América Latina. Llevamos años observando el éxodo de la población rural hacia las ciudades que crecen con una rapidez incontrolable, rodeadas de barriadas. La influencia de estas migraciones en las sociedades latinoamericanas es enorme. Se trata aquí de los cambios no sólo económicos o estructurales, sino también culturales, étnicos y políticos. Las sociedades latinoamericanas son heterogéneas y las migraciones internas significan no sólo la interacción entre diversos ámbitos sociales (campo-ciudad), sino también de etnias, lenguas, religiones y culturas. Me arriesgo incluso a decir que en algunos países de América Latina las migraciones internas tienen todas las características de migraciones internacionales (aquí la palabra entre naciones puede servirnos no sólo para referirnos a los estados o países, sino a diferentes nacionalidades que viven dentro del territorio estatal). Un buen ejemplo de este caso es Bolivia, país con una mayoría indígena gobernada hasta hace poco por una minoría criolla mestiza. Quisiera concentrarme en los siguientes casos ilustrativos de la migraciones internas en Bolivia: la migración campo-ciudad con el caso concreto de la ciudad de La Paz y El Alto y la migración interregional: occidente-oriente con el caso de los cocaleiros en Cochabamba y los inmigrantes andinos (“collas”) en Santa Cruz de la Sierra. Mostraré los cambios provocados por dichas migraciones en la vida tanto de la sociedad receptora como la migrante, y sus consecuencias socio-políticas y culturales para la vida nacional boliviana.

Bolivia es un país de migraciones internas. Según el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB), en los últimos años el 15% de los bolivianos ha emigrado dentro de su propio país, sin embargo, este resultado parece ser poco exacto, pues

to que sólo toma en cuenta la migración entre departamentos y no provincias o municipios. En la escala nacional, las regiones con el índice positivo de migraciones son: Santa Cruz, Cochabamba, Tarija y Pando, es decir, la región de las tierras bajas y los valles. Son las zonas más ricas del país o con mejores perspectivas económicas (cultivo de la hoja de coca), y el acceso a las tierras. Mientras que las zonas emigratorias son los departamentos andinos: Potosí, Oruro, Chuquisaca y La Paz. El proceso de despoblación de las zonas rurales y de crecimiento de las zonas urbanas se intensifica cada año. En 1976, por cada 100 habitantes urbanos había 142 habitantes rurales, mientras que en el año 2000 el porcentaje ya se había revertido: 100 habitantes urbanos por 60 rurales. Fue en los años ochenta cuando Bolivia, de un país rural con la mayoría de la población campesina, se convirtió en un país mayoritariamente urbano. No hay que olvidar que estos cambios no fueron acompañados por la industrialización, modernización de la agricultura o el mejoramiento en el nivel de vida de los bolivianos. Muchos hablan de la urbanización del campo, pero más bien se debería hablar de la ruralización de la ciudad, lo que en Bolivia, un país donde la población rural es mayoritariamente indígena, suponía la “indianización” de las ciudades” con todas las consecuencias que este fenómeno podría conllevar.

#### MIGRACIONES CAMPO-CIUDAD (LA PAZ Y EL ALTO)

El proceso de la urbanización acelerada empezó en Bolivia en los años sesenta y aumentó en los años ochenta, cuando empezó la época de reformas neoliberales recomendadas por el Banco Mundial. Entre las causas del éxodo de la población rural hacia las ciudades encontramos las políticas económicas del Estado que en vez de modernizar el país causaron su desarrollo desigual, como también la Reforma Agraria de 1953, poco satisfactoria e incompleta que provocó demasiada parcelación

de las tierras andinas y dejó a los pequeños propietarios sin medios de subsistencia. De esta manera, frente a la pobreza creciente en el altiplano, la ciudad de La Paz se convirtió en centro de atracción. Como indica el sociólogo boliviano San Martín Arzabe: “La ciudad de La Paz se constituyó en la principal ciudad receptáculo del aluvión del éxodo rural, definiéndose con el paso de los años justamente por la coexistencia de dos cosmovisiones: dos mundos no sólo disímiles sino antagónicos”.<sup>1</sup> Estos dos mundos, llamados por algunos “dos Bolivias”: uno blanco, hispanohablante, identificado con la cultura y valores occidentales, y el otro indio, aymara y quechuahablante, de vestimenta, cultura, mentalidad y costumbres de raíz precolombina, antes separados, ahora empezaron a penetrarse. Su “encuentro” tuvo que provocar tensiones, conflictos y serias repercusiones para la vida política y social boliviana.

El crecimiento de las zonas urbanas no suponía una integración automática de los inmigrantes campesinos indígenas. Estos, una vez en la ciudad, no se convertían, como por un toque de magia, en seres occidentalizados o hispanizados y en contra de las expectativas conservaban sus rasgos culturales y étnicos. Podemos decir que los indígenas urbanos “invadieron” culturalmente la ciudad, adecuando a las nuevas condiciones, pero no rechazando, sus costumbres, lenguas, vestimenta y su tradicional sistema de relaciones sociales. De hecho, los indígenas que se asentaban en las zonas marginales de La Paz, mantenían fuertes lazos con sus comunidades y aprovechaban la tradicional organización comunitaria para hacer frente a los nuevos problemas: “El migrante de origen campesino, pese al tiempo que se encuentra en la ciudad de La Paz, permanece arraigado a su lugar de origen, motivo que lo mantiene atado a una amplia red de relaciones sociales”.<sup>2</sup> En vez de desculturación, vemos el seguimiento fiel de las formas tradicionales de

<sup>1</sup> H. San Martín Arzabe, *El palenquismo, movimiento social, populismo, informalidad política*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1991, p. 38.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 56.

convivencia social, ligeramente modificadas por las nuevas necesidades, como también la afirmación de su propia cultura e identidad.

Las oleadas migratorias dieron vida a la ciudad de El Alto, como una prolongación de la ciudad de La Paz, que se convirtió en el principal centro de acogida de mano de obra inmigrante. El Alto, que en 1987 se convirtió en la ciudad independiente, constituye la cuarta aglomeración del país, justo después de Cochabamba. Según el último censo de la población, 75% de sus habitantes son inmigrantes aymaras recientes, provenientes del Altiplano, sobre todo de las provincias del departamento de La Paz. Un rasgo característico de esta población es su edad joven: de la población tiene menos de 25 años; y su bilingüismo, 58% habla aymara y español mientras que sólo 7 % habla exclusivamente aymara.

El número creciente de marginados, junto con la falta de la infraestructura y de servicios básicos, y las condiciones de vida muy difíciles, convirtieron la ciudad de La Paz y El Alto en los núcleos privilegiados del surgimiento de nuevos conflictos sociales. Pronto apareció la división étnico-social de La Paz, donde la zona baja era de la “clase alta, criolla”, mientras la zona alta “pertenece” a la “indiada”:

Esta zona de la ciudad donde se encuentran el Palacio Presidencial, los bancos y las iglesias, estaba hasta hace poco vedada a los indios. Justo encima de La Paz, cayendo a degüello sobre la ciudad blanca, se alzan multitud de barrios mestizos e indios, donde habitan los criados y criadas de los señores blancos.<sup>3</sup>

Las condiciones de vida en los barrios pobres, la falta de perspectivas, la discriminación racial y cultural, las dificultades con la adaptación a la nueva realidad, la impotencia frente a los abusos de las autoridades y el desamparo, son sólo algunos de

<sup>3</sup> Ángeles Martínez Migueles y Rafael Gómez Parra, *Los indios a la reconquista de América*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1992, p. 255.

los problemas que aquejan la población india migrante. Esta es una situación típica para la mayoría de migraciones internacionales, sobre todo las irregulares. Existe, sin embargo, una diferencia importante: los inmigrantes indígenas, aunque tratados como extranjeros, legalmente son ciudadanos del país dentro del cual migran, tienen derecho a exigirle al gobierno la mejora de sus condiciones de vida y la representación política. El descontento creciente de los migrantes pronto se transformó en una protesta organizada y el grupo incipiente de los indios urbanos se convirtió en una masa votante, y una importante fuerza política, base de diversos movimientos sociales.

Antes de esto, los inmigrantes indios iban ocupando sucesivamente a la ciudad “enemiga”, cruzando barreras invisibles y violando reglas no escritas que les vedaban el acceso a los barrios “mejores”. El papel primordial en este proceso lo tuvo el sector informal, consistente en gran medida en la venta callejera o ambulante. Esta actividad se hizo dominio de las mujeres indígenas que, para ayudar económicamente a sus familias, empezaron a instalarse con sus comercios en las calles de La Paz. Poco a poco, las vendedoras iban ocupando las zonas más bajas de la ciudad, hasta hace poco reservadas para la sociedad criolla. Colocaban sus puestos de venta ambulante en las aceras, vendiendo de todo: desde palomitas de “maní” y empanadas de queso, hasta periódicos, discos o cordones. Han monopolizado también las llamadas telefónicas. El comercio informal convirtió las calles de la ciudad en un gran mercado bullicioso, amenazando la existencia de tiendas tradicionales. Estamos aquí ante el fenómeno de la sucesiva “indianización” del espacio urbano.

El proceso de migración de campesinos indios de las áreas rurales a los centros urbanos conlleva otro proceso, la cholificación, es decir: la adopción por el indio de ciertos elementos urbanos occidentales exigidos por el nuevo estilo de vida. La palabra “cholo” sirvió desde la época colonial para identificar al grupo de mestizos cuyos rasgos físicos eran predominante-

mente indígenas. Sin embargo, hoy en día el “cholo” no tiene que ser necesariamente un mestizo en el sentido biológico, es más bien un mestizo en el sentido cultural: “El “cholo” es portador de una cultura en formación, integrando elementos tanto de la cultura incaica de la cual proviene, como de elementos de cultura occidental de las ciudades donde se afincan”.<sup>4</sup> La población que se denomina chola proviene del campesinado indígena, pero tras su llegada a la ciudad empieza a diferenciarse de éste, incorporando varios elementos de la cultura criolla, al mismo tiempo, se mantiene ligada a la cultura india porque no pierde sus características propias, indígenas. Al ver que la asimilación y la occidentalización no garantizan el progreso social, el indio urbano, discriminado por la sociedad criolla, decide subrayar sus rasgos diferenciadores. Antes, la condición de ser cholo, rechazado tanto por los indígenas del campo como por los blancos de las ciudades, era un motivo de humillación y de vergüenza. Actualmente, los cholos comienzan a identificarse públicamente como tales y a aceptar con orgullo su condición de mestizos culturales.

Las oleadas de migrantes en las ciudades ajenas culturalmente, discriminadas y relegadas al margen de la vida social, constituían potencial político enorme, un electorado pujante y opositor frente a la élite criolla-mestiza que no encontraba su representante entre los partidos tradicionales. Los migrantes pronto se dieron cuenta de su fuerza. Mientras que en el campo permanecían dispersos y en poca comunicación, en la ciudad pudieron ver su numerosidad, intensificar sus contactos y organizarse en grupos de ayuda. Esta movilización pronto dio resultados políticos. Los conceptos como la democracia, partidos políticos, elecciones, representación en el parlamento, que en el campo apenas empezaban a penetrar las conciencias, entre los cholos se convirtieron en un arma poderosa en contra de la clase dominante. El partido que surgió como respuesta a las

<sup>4</sup> H. San Martín Arzabe, *op. cit.*, p. 69.

necesidades y expectativas de la masa chola fue CONDEPA (Conciencia de Patria) de Carlos Palenque. Este partido populista de discurso indigenista, a lo largo de los años ochenta y noventa se convirtió en la primera fuerza en el departamento de La Paz y su líder estaba a punto de convertirse en presidente de la República. Después de la muerte de Palenque el partido se dividió y desapareció del escenario político, sin embargo, sus militantes y votantes cholos concentraron su apoyo en nuevas fuerzas políticas, como el Movimiento Al Socialismo (MAS) de Evo Morales o el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP) de Felipe Quispe, las dos de oposición profunda al régimen existente. Tenemos también que recordar que la ciudad de El Alto tuvo el papel decisivo en los levantamientos indios del año 2000 y 2003, convirtiéndose en un agente popular de resistencia y de cambio que posibilitó el ascenso de Evo Morales al poder en 2006.

#### MIGRACIONES SIERRA – SELVA, OCCIDENTE-ORIENTE

El fenómeno migratorio en Bolivia tiene muchas caras. Junto con las ya mencionadas migraciones campo-ciudad en el marco de una región, encontramos también las migraciones interregionales, igual de importantes, entre la sierra y la selva o, en otras palabras, entre el occidente y el oriente. Se trata de la emigración de los indios aymara y quechua de las zonas andinas, áridas, carentes de tierras y extremadamente pobres, a las tierras bajas, húmedas, calurosas, fértiles, con vastos terrenos disponibles a la colonización y el cultivo de la hoja de coca, como Chapare en Cochabamba o Departamento Santa Cruz. También en este caso tenemos un choque de dos mundos, geográfica, cultural y étnicamente distintos, anteriormente separados y que se desarrollaron en mutua oposición e ignorancia del otro. Los indios andinos, al abandonar el ecosistema altiplánico, tuvieron que aprender a vivir en nuevas condiciones geográficas y cli-

máticas, a implementar nuevas técnicas agrícolas, pero también a convivir con etnias indígenas lugareñas de culturas y lenguas muy diferentes a las suyas, sin hablar de la población criolla-mestiza, en la mayoría de los casos reacia a aceptar a los inmigrantes despreciados.

La historia contemporánea de las migraciones occidente-orientales empieza con la Revolución del 52, un acontecimiento clave en la historia boliviana, cuando el Estado empezó la política de colonización de las tierras bajas, despobladas y poco conectadas con el resto del país, apoyando la migración de los campesinos del Altiplano. Sin embargo, son los años ochenta cuando tuvo lugar la mayor oleada migratoria, como consecuencia de las políticas neoliberales, despido masivo de los mineros y desastres naturales (sequías). Miles de familias indígenas se quedaron sin medios de subsistencia y decidieron emigrar a los terrenos que prometían una vida mejor.

Estas migraciones influyeron considerablemente en el desarrollo del problema de cocaína en Bolivia. Los inmigrantes, respondiendo a la demanda mundial creciente de la hoja de coca, la materia prima para la elaboración de cocaína, empezaron a cultivar los arbustos de coca, más rentables que otros cultivos. De esta manera, formaron un nuevo grupo social, llamado coccaleros, productores de la hoja de coca. Las posteriores políticas estatales que se propusieron erradicar los cultivos en el marco de la lucha contra el narcotráfico impuesta por EU, perjudicaron directamente a los coccaleros, que empezaron a organizarse y resistir el trato violento e injustificado de parte del Ejército. El movimiento coccalero recuperó su identidad indígena con el discurso de la defensa de la coca, la planta sagrada para las culturas andinas, y pronto incorporó los postulados de todo el movimiento indígena boliviano, también de las tierras bajas, exigiendo una profunda reforma del Estado boliviano. El movimiento coccalero dio origen al partido MAS que en poco tiempo se convirtió en la primera fuerza política del país y su líder, el coccalero Evo Morales, en el primer presidente indígena de Bolivia.

Además del fenómeno cocalero, las migraciones sierra-selva tuvieron otras consecuencias, entre ellas el “despertar” de la identidad cruceña, llamada también “camba”, que pronto se posicionó no sólo en contra de la población migrante, sino sobre todo en contra de los gobiernos reformadores de Evo Morales, constituyendo una de las principales fuerzas de oposición y boicoteo del proceso de cambio. Santa Cruz de la Sierra se convirtió a partir de los años sesenta y especialmente en los ochenta en el principal centro de acogida de la migración andina, en su mayoría indígena y pobre, que empezó a asentarse en las zonas marginales de la ciudad. La urbe experimentó cambios vertiginosos, pasando de ser una ciudad aislada y provincial a la ciudad más grande de Bolivia (desde 2006), una aglomeración efervescente, multicultural y propensa a nuevos conflictos. Pronto los migrantes “collas” (el término despectivo usado por los cruceños para denominar a la población andina), dedicados al comercio informal, se convirtieron en la mayoría poblacional (actualmente 52%).<sup>5</sup> Los cambios afectaron también la provincia del departamento, siendo los colonos andinos, apoyados por el Estado central que disputaban la tierra tanto con los latifundistas como con los pueblos indígenas orientales, la causa principal del conflicto intensificado en el campo. La élite cruceña empezó a ver en la migración un problema que agredía los valores básicos de los cruceños, “afeaba” las ciudades, delinquía y disputaba los espacios hasta entonces reservados para los lugareños. Todo el inmigrante “colla” representa de manera simbólica al Estado andinocentrista, por lo cual es una supuesta amenaza a los valores y el carácter autonómico de Santa Cruz. Sentimientos que se ven reflejados en el siguiente chiste cruceño: “Antes se decía ‘haga patria, mate un colla’, ahora se asumen las cosas con más cau-

<sup>5</sup> Ingrid Steinbach Méndez, “Los cruceños ante la democracia y lo indígena”, en Alejandra Boschetti y Claudia Peña Claros [coords.], *Los cruceños según sus intelectuales*, Santa Cruz de la Sierra, Editorial El País, 2009 (Colecc. de Ciencias Sociales, 13), p. 76.

tela y se advierte: ‘mejor no lo mate, porque al velorio viene la familia y se queda’.” Al encontrarse con el otro, Santa Cruz empezó a “defenderse”, reactivando el discurso autonomista y buscando en lo regional su identidad propia.

Así nace el discurso de lo “camba”, entendido como cruceño, típicamente lugareño, opuesto a muerte a lo “colla” andino, inmigrante no deseado. Lo primero encarna todos los valores nobles y positivos, mientras que el otro andino es depositario de todos los defectos y vicios posibles. Como el bien y el mal, el blanco y el negro, la tesis y su antítesis, estos dos seres, definidos de manera esencialista y estereotipada son irreconciliables y enemigos por excelencia. La presunta superioridad de los “cambas” está visible en todos los ámbitos, empezando desde lo biológico: son una mezcla perfecta (con el predominio de la sangre blanca) entre “la raza valiente y emprendedora de los conquistadores españoles” y los indígenas locales “más agradados” que los andinos; pasando por el modo de ser: alegres, hospitalarios, festivos, temperamentales; hasta en sus prácticas económicas y políticas terminando: productivos y prósperos, capitalistas, demócratas y federalistas. Con esta imagen idealizada del cambia se suele contrastar la del colla: un ser cerrado, introvertido, poco sincero, no confiable, tímido, callado, tacaño, envidioso, hipócrita, peleador y alborotado, atrasado y colectivista. Últimamente, a estas oposiciones se ha añadido la supuesta inclinación democrática de los cambas opuesta a la “dictadura india” de Evo Morales. Incluso, el aspecto de la higiene personal: cambia limpio y perfumado y el colla cochino y oloroso, sirve para justificar el rechazo y profundizar el contraste entre estos dos grupos. De esta manera, el *otro* y su corporalidad se convierten en apestandos, excluidos, no tocables y rechazados con asco por la sociedad perfumada. A este prejuicio degradante se suma el rechazo de los cambas a la indumentaria tradicional aymara-quechua, sobre todo la pollera de las mujeres, considerada anticuada y poco estética. Esta tarea de construir un *nosotros* cruceño a través de la diferenciación del

*otro* andino, no sería nada inusual, de hecho, la mayoría de las identidades se construyen a base de la diferencia. Lo que sí destaca en este caso es el odio y la depreciación violenta del *otro*, usados como base de la construcción identitaria.

## CONCLUSIONES

Podemos constatar que en Bolivia se observa el proceso intensivo de desruralización y urbanización, reflejado en las migraciones campo-ciudad. Teniendo en cuenta la diversidad étnica, cultural y lingüística de la población boliviana, donde el campo mayoritariamente indígena difiere considerablemente de la ciudad blanca y europeizada, las migraciones internas en Bolivia tienen rasgos de migraciones internacionales. El encuentro de estas “dos Bolivias”, una urbana, criolla e hispanohablante y la otra rural, india, de lengua nativa quechua o aymara, ha provocado graves consecuencias tanto para los migrantes, como también para la sociedad receptora. Los indios, durante siglos relegados al margen de la vida pública, se convirtieron en una fuerza política importante y sus reivindicaciones contribuyeron en la reforma del Estado y de la democracia boliviana. Las culturas urbanas, por su parte, ya nunca más volvieron a ser lo que eran antes y perdieron su carácter criollo elitista para enriquecerse con elementos nativos. Asimismo, la presencia del migrante andino en los lugares que le eran tradicionalmente ajenos, como las tierras bajas, provocó una fuerte reacción identitaria de rechazo y autodefinition por el contraste de las poblaciones oriundas, sobre todo sus estratos altos. Una cosa es cierta, Bolivia está en un constante movimiento, también literalmente hablando, y si no se hace un esfuerzo serio para analizar estas dinámicas, cruciales para la vida socio-política del país, nunca se podrá entender de manera integral la compleja realidad boliviana.